

POSTA

.... Al bes esmortuït del sol, que mandrosament devallava cap á la posta, Natura semblava adormirse

Las ginestéras que vorejavan lo bosch rublertas totas de sas flors grogas, sempre tan hermosas embaumant l'ayre ab sa fragancia, semblavan flors de cementiri, flors sense perfúm, flors tristas, flors esmortuïdas.

Per entre las socas dels abéts muts y alts s'ovirava al lluny la llum rojenca del sol, filtrant sos reflexos demunt la molsa que encatifava la boscuria, retallant ab perfils de llum vivíssima, ab perfils de porpra, las socas esblanquehidas dels arbres.

Tot callava; Natura estava del tot adormida; ni una veu, ni un crit, ni un cant, ni un murmur... res... arreu misteri... quietut de cementiri... y'l sol devallant, devallant... y'ls arbres projectant unas ombres llargas... llargas....

La terra estava assadollada de la llum del sol que mor, la llum de la tristesa pels felissos....

Feya ja llarga estona que la Rosó, l'hermosa porquera de la masía del *Clot* estava assentada en una roca prop del camí que conduhía al bosch.

Estava tota trista. Ab son cap apoyat en lo palmell de la má, qué n'era d'hermosa! De tant en tant se deixondava y fitava sos ulls blaus de melangiosa bellesa, vers lo senderó proper; aixugava ab lo devantal las llágrimas que enterbolían sa mirada y quedava altre cop pensativa.

La pobre Rosó esperava á son ayment que no compareixia.

Ella, com de costúm, s'havía escapat del mas pera anar al bosch ahont cada dia al cap-tart se trobavan abdós y aquella tarde ell no comparegué. Per xó la pobre noya plorava tement qu'ell l'hagués oblidada.

Cansada ya d'esperar y veyent que la nit s'apropava decidí tornarsen cap á la masía.

Ab pena y recansa anava caminant per aquell senderó, quan al ser en un recolze del camí, li sortí en Toni al pas, dihentli:

—Mira, avuy me trobas á mí, no ho creyas eh?

En Toni no era pas lo seu estimat. En Toni era'l rebutjat per ella; era un dels que llarch temps la perseguían y ella sempre'l refusá.

La Rosó al topar ab ell quedá sorpresa, no sabía qué contestar.

—Donchs sí—afegí en Toni—t'he esperat molt temps sols pera preguntarte altre cop si vols ser meva.

—Teva?—contestá refentse la Rosó—teva? prou cops t' he dit que nó, prou cops t' he dit que jo era pel meu estimat, per en Roch.

—No, are per ell ja no pots serho; are pots ser pera mí.

—Y perquè nó?—preguntá plena d'ansietat la Rosó.

—Te, ho veus perquè?—digué'n Toni, y agafantla per la má la feu mirar al fons de la marjada. La Rosó esclatá en un fort xisclé y caygué á terra sens sentits.

Lo Roch jeya mort al devall dels esbarsers del marje.

Lo sol feya rato estava ja post. Natura's desesperava.

Los arbres ja no projectavan á terra aquellas ombres fantásticas; los aucells ja cantavan; los arbres se gronxavan moguts pel ventitjol; las ginestéras ja embaumaban l'ambient ab son perfum, tot se desensopiá.... La llum del crepuscle ho banyava tot ab sa claror esblaymada, ab sa claror dolça y la lluna's dibuixava vagament en l'ample volta y parpellejava brilladora alguna estrella y una llum encar. mes dolça, mes somiosa que la del crepuscle inondá prest la terra, la llum de la celistia.... la llum qu'alegra als tristos....

Pere Cavallé.

Crónica Científica

LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS

I

Las experiencias efectuadas en París con el globo *dirigible* de Santos Dumont, han puesto otra vez sobre el tapete el problema de la dirección de los globos. Las primeras pruebas dieron satisfactorios resultados, y ello fué causa de que no pocos, se entusiasmaran, creyendo que había llegado el momento de conseguir la ansiada resolución del debatido problema; pero llegó el día de las segundas experiencias, que eran las que habían de decidir en definitiva si debía concederse ó no el premio de 100.000 francos, ofrecido por una sociedad francesa al que llegue á solucionar el problema de la dirección de los globos, y una importante avería en el motor que llevaba el globo, impidió á Dumont que obtuviese el triunfo, poniendo en peligro la vida del intrépido aeronauta y trocando por el desengaño los entusiasmos de antes. Lo mismo ha ocurrido cien veces, y lo mismo ocurrirá otras cien, pues ese problema, si en teoría se resuelve con mucha facilidad, presenta en cambio inmensas dificultades cuando se trata de llevar á la práctica la solución que la teoría nos da.

La causa que determina la elevación de los globos en la atmósfera, todos la conoceis. Estando la atmósfera tranquila, un volúmen, grande ó

chico, de aire, que en una región cualquiera de ella consideramos, estará sujeto á la acción de la gravedad, ó sea de su peso, y á más, á la acción de las presiones que el resto de la atmósfera produzca sobre él. Si el volumen de aire en cuestión no sube ni baja, es evidentemente debido á que las fuerzas que sobre él obran se equilibran, y como que entre esas fuerzas hay la de gravedad, que tiende á hacer que descienda el volumen de aire que consideramos, para que ese equilibrio de fuerzas tenga lugar es necesario que, todas las restantes fuerzas que obran sobre el aire del volumen mencionado, equivalgan á una fuerza que tenga la misma intensidad que la de gravedad y que obre en sentido contrario del de esta: es decir, á una fuerza que, obrando de abajo hácia arriba, y con igual esfuerzo que el peso del volumen de aire, tienda á elevar á ese volumen la misma cantidad que la gravedad tiende á hacerle bajar, pues esas dos fuerzas, destruyendo la una los efectos que tiende á producir la otra, harán que el volumen de aire no se mueva ni hácia arriba ni hácia abajo.

¿Pero qué sucederá, si reemplazamos el volumen de aire, hasta aquí considerado, por otro volumen igual de un gas más ligero que el aire? Fácil es verlo. Las presiones, las fuerzas que actuaban sobre el volumen de aire, serán exactamente las mismas que obrarán sobre el actual volumen gaseoso, y por consiguiente, continuará existiendo aquella fuerza que antes hemos dicho que era de igual intensidad que el peso del volumen tantas veces ya citado, y que obraba en sentido contrario al de dicho peso y en la misma dirección que él. Antes, esa fuerza y el peso del volumen se equilibraban, mas ahora, como que el peso del volumen del gas es menor que el que tenía ese mismo volumen cuando era de aire, no existirá la igualdad que entre la intensidad de aquella fuerza y la de ese peso había, y no será posible el equilibrio. El peso del volumen de gas, tan solo destruirá una parte de esa fuerza que, obrando de abajo para arriba tiende á elevar aquel gas, y cuya intensidad, ya hemos dicho que era igual al peso del aire que cabe en el mismo volumen; de manera que, quedará todavía un sobrante de esa fuerza, el cual sobrante, romperá el equilibrio que antes existía, y arrastrará hácia arriba el volumen gaseoso, hasta llegar á una región de la atmósfera en donde el aire sea tan ligero, que el volumen de gas pese lo mismo que un volumen igual de aire.

Eso es lo que con los globos pasa. Un globo, no es más, al fin y al cabo, que una porción de gas encerrada en un recipiente. Este volumen gaseoso, viene á ocupar en la atmósfera el lugar

que á no ser él, ocuparía un volumen igual de aire. Si aquel volumen de un gas distinto del aire pesa menos que el volumen igual, pero de aire, en virtud de lo que antes hemos dicho, la fuerza que obra sobre el volumen tendiendo á elevarle, será suficiente para contrarrestar la acción del peso del gas, que tiende á hacerle descender, y aún quedará un sobrante que arrastrará al globo hácia arriba, hasta que lleguen á igualarse la fuerza ascensional y el peso del globo. Cuanto mayor sea la diferencia entre los pesos de ambos volúmenes, mayor será también la fuerza de ascensión de que dispondremos, y así, es lógico admitir que podrá llegarse, no solo á conseguir la elevación del globo, sino también á elevar, junto con él, una ó más personas y cuantos objetos nos convenga. Y si entre esos objetos colocamos un motor que ponga en movimiento una hélice como las de los barcos, y un timón, se comprende que, si por medio de aquella podremos conseguir el movimiento del globo, por medio del segundo podremos dirigir ese movimiento como mejor nos convenga, quedando así resuelto el problema de dirigir los globos, pues podremos moverlos á nuestra voluntad, de la misma manera que la nave se mueve á voluntad del piloto.

Ya veis pues, que la dirección de los globos, puede conseguirse fácilmente dentro de la teoría. ¿Sucede lo mismo en la práctica? Ya he dicho que no; y voy á ver ahora si, del mismo modo que os he mostrado aquella facilidad, puedo mostraros también algunas de las numerosas y grandes dificultades que se oponen á la solución práctica del problema. Pero como esas líneas van alargándose algo más de lo debido, hago punto final, dejando esa cuestión para la próxima crónica.

A. Porta Pallisé.

Crónica Artística

L'ART EN LA VÍA PÚBLICA

II

L'element integrant de més importància del carrer, el que hi forma part de tal mena que sense ell no existiria, es l'*edifici*, díguis casa particular, esglesia, fàbrica, palau, teatre ó tants altres noms inventats com designadors del objecte pel qual s'ha aixecat la construcció; y eixos edificis, raras vegades aïllats, casi sempre tocant uns ab altres, enllassats fortament com fileres de soldats borratxos que, sols, temessin, faltantlos hi l'equilibri, caure á terra, y que hi tenen més punts de semblansa per la seva uniformitat d'aspecte, arriuan eixos edificis no poques vegades á tenir gay-